

Guillermo Schavelzon

Angel Rama, visión del editor

Hay diversas formas de reaccionar frente a una tragedia como la reciente muerte de Angel Rama. Yo no podría hacer una relación completa y cronológica de la enorme actividad que tuvo Angel en el mundo editorial; fundó y dirigió por lo menos una decena de editoriales y varias docenas de revistas literarias y de teoría crítica.

En realidad he preferido reunir un pequeño anecdotario personal de las actividades editoriales de Angel en las que yo estuve vinculado, y que no son las más importantes sino sólo las que tengo presentes.

Cuando muere alguien tan grande como Angel Rama, que en los próximos cuatro o cinco años iba a producir las mejores obras de la crítica literaria latinoamericana, cada una de estas pequeñas historias que salen a la luz podrán servir para la reconstrucción futura de lo que fue una vida intensa. Porque Angel nunca pudo quedarse quieto, siempre viajaba de un lugar a otro, siempre descubría y denunciaba, aprendía y enseñaba. Cuando logró un lugar de trabajo estable y agradable, en la Universidad de Maryland, las autoridades del departamento de Estado no le permitieron residir en los Estados Unidos. Gracias a una Guggenheim decidió instalarse por un año, junto a Marta Traba, en París, donde en un departamentito cerca de La Bolsa ambos pudieron sentarse a escribir. Un año para escribir. Algo que Angel buscó mucho tiempo, y que esta vez parecía haber logrado.

Angel (como García Márquez) siempre supo que era mentira eso del perfecto control de los grandes aviones. Los martinis a bordo permiten olvidar lo de las fallas humanas o mecánicas, pero no sirven para evitar los accidentes. La brutal muerte de Angel Rama trunca una vida en plena actividad, una obra de gran necesidad. Y al hablar de Angel no supongo

que sea diferente para Marta Traba, para Iburgüengoitia, para Scorza, para los otros centenares de pasajeros que, por no ser escritores, quedaron en un aparente segundo plano.

Angel Rama se inició como editor organizando, para la Editorial Alfa de Montevideo, una colección de nueva narrativa latinoamericana. Debe haber sido por los años sesenta, cuando el Uruguay era “la Suiza de América”. Recuerdo que entre los primeros libros estaban *Juntacadáveres* de Onetti, *Gracias por el fuego* de Benedetti, y estoy seguro que también incluyó un libro propio de relatos, cuyo título no me acuerdo pero que estaba casi todo dedicado a temas de la “Galicia natal” de sus padres. Un libro malo, que él mismo retiró para siempre de circulación. En la misma colección publicó uno de los primeros libros de Carlos Martínez Moreno. Yo era demasiado joven, y espero que otros hoy grandes escritores disculpen mis olvidos. Alfa era en esa época una librería excelente y una editorial prometedora, que con el tiempo y la ausencia de su fundador, un español refugiado llamado Benito Milla, fue decayendo. Esa fue la época en que Angel Rama desató, desde las páginas de *Marcha*, una polémica acerca del Congreso por la Libertad de la Cultura y las revistas que éste publicara, demostrando sus claras vinculaciones con los servicios de inteligencia norteamericanos. De este proceso, o poco después, surgió una nueva editorial, Arca, formada por Angel, su hermano Germán y José Pedro Díaz. Se instalaron en lo que fuera la antigua Librería Atenea, en la calle Colonia 1263. Lamentablemente escribo estas líneas desde una cama del Sanatorio Español, donde la mala suerte (y la mala sangre) me hospitalizaron de urgencia. Sin biblioteca a mano, todos los datos concretos de esta nota quedarán para ser corregidos por algún lector amigo, al que seguramente *Sábado* le dará lugar. Arca inició publicando obras importantes. Desde clásicos uruguayos que por una u otra razón habían quedado marginados, a grandes narradores como Felisberto Hernández que por problemas de herencia estaban siendo olvidados. Arca publicó en los ‘60 la obra completa de Felisberto Hernández. que hoy, veinte años después, se lanza como novedad en México. Pero eso no es nada. Arca, dirigida por Angel Rama, fue la primer editorial de lengua castellana que publicó a Gabriel García Márquez. En esa época apareció una edición de *La hojarasca*, en cuya presentación Rama anunciaba a un joven que sería un gran escritor. También tenía una colección de nuevos narradores uruguayos, entre los cuales publicó a Cristina Peri Rossi (hoy consagrada narradora en España), Armonía Sommers, una extrañísima escritora que si no era joven de edad era nueva para la literatura y por quien Angel desarrolló una amplia campaña. Hubo también una serie de “Bolsilibros Arca” que reunió en pequeños y muy

económicos libros a lo mejor de la literatura uuguaya y latinoamericana. Se vendían en los quioscos, en las escuelas, en los autobuses.

Por ese entonces, un jovencito que creo había sido alumno destacado de Angel en la Universidad, propuso una idea. Como todas las ideas que rodeaban a Angel, era loca y requería posibilidades superiores a las existentes. Y como todo lo que era un desafío, fue aceptada de inmediato. La idea de este joven que se llamaba Jorge Ruffinelli, era reunir minuciosamente (seguro que ya lo tenía bastante avanzado) todos los textos inéditos de Horacio Quiroga. Ruffinelli sabía que la mayoría de los escritos de Quiroga estaban aún sin publicar, y que proponía conseguirlos, editarlos, anotarlos, y prepararlos para su edición en forma de libro. Angel aceptó el proyecto, que comenzó bajo su dirección.

Con este proyecto, que desde el principio se llamó "Obras Inéditas y desconocidas de Horacio Quiroga", comenzó la tangencial participación mía, que fue de lo más "social" y extraña. Los editores sabemos que si hay algo peligroso para un escritor esto es su viuda. Hay casos famosos en la historia de la literatura, de esas mujeres que vuelcan su vida a cuidar la obra de su marido, para que muerto éste (no sé por qué desgracia casi siempre le sobreviven), convertirse en destructoras de aquello que fue su pasión. Para limitarnos a nuestro continente y no hablar de los vivos (o "las vivas"), podría mencionar a la viuda de César Vallejo, que dedicó los últimos treinta años de su vida (me parece que murió el año pasado, y si no, espero que éste) a impedir que circule la obra del gran poeta peruano. Gracias a dios o al diablo existen los editores piratas, y los abogados de la señora Vallejo eran muy malos juristas, o reales devotos de *Trilce*. Bueno, éste fue el caso del gran Horacio Quiroga, con el agregado de que dejó dos viudas, y la justicia decidió dividir su obra (y sus derechos de autor) entre ambas. Pero los jueces sucesorios de aquella época (como las viudas) sabían poco de literatura, y la obra fue dividida "una para mí, otra para ti, una para mí...". Como una de las viudas Quiroga era accesible y la otra no, durante años circuló sólo una parte de la obra del escritor, y los niñitos que en primaria leíamos los *Cuentos de la selva* no sabíamos que éste no era su mejor libro, sino el que la viuda había autorizado.

Bien, a mí me tocó ocuparme de conseguir que ambas viudas autorizaran la edición de las "Obras inéditas y desconocidas", que como tales, la justicia no había previamente distribuido. Habiendo hecho cita con cada una por separado, con el mismo traje del ingreso a la universidad y mi cara lampiña de los 18 años, me presenté con cada una. Siguiendo los consejos de Angel, comencé por "la fácil", que resultó ser una señora de barrio de lo más amable, interesada por los textos que no se cono-

cían, y quien en una semana firmó el contrato. Pasé a la otra viuda, que resultó una experiencia casi alucinante. La señora me invitó a tomar el té, a las 5 en punto en su casa. Tenía un departamento en la entonces aristocrática Avenida Santa Fe. Para mí, admirador desde chico de Horacio Quiroga, cuyos cuentos sigo leyendo todavía a mis hijas, su mundo es el de la selva, anaconda, las grandes víboras flotando entre camalotes, hormigas que en media hora se devoran una vaca, y arañas del tamaño de un gato montés. Seguramente todo eso estaba en mi cabeza, cuando me abre la puerta una dama relativamente joven, rubia, envuelta en un kimono japonés, y que me hace pasar a una salita atravesando jarrones chinos y otras figuras orientales de cerámica que colgaban de todas partes. Al caminar, me inicaba cómo esquivar este jarrón “de Limoges”, y esta pequeña mesita de madera de Tailandia. Ya en la salita de recibir, le planteé el motivo de mi visita, que como es de imaginar no le preocupaba demasiado. Yo miraba a las paredes, tratando quizás de descubrir algún indicio (un libro, una piel de yarará) de qué habría llevado a Horacio Quiroga, el autor de mis cuentos de la selva, a tener una viuda como ésta. Por suerte desde chico mi mamá, que me dio una educación muy proper, me había enseñado que al té de las cinco “quedaba muy bien” echarle un brevísimo chorrito de leche, y ese detalle —que no pasó desapercibido— me permitió plantearle el verdadero motivo de mi visita. Por supuesto el problema a la señora le importaba un carajo, así como en las paredes, en lugar de la caparazón del Tatú carreta, tenía decenas de cuadros de paisajistas orientales que a mí tampoco me interesaban. En síntesis, jamás logré el contrato, mientras Angel y Ruffinelli me insistían desde Montevideo.

Nunca supe si alguno de ellos dos finalmente consiguió el acuerdo de esta mujer, pero el asunto es que un año después, en medio de una gran expectativa de los medios culturales y librerías, llegó a Buenos Aires el primer tomo de la edición. *Obras inéditas y desconocidas de Horacio Quiroga*, dirección de Angel Rama, selección y notas de Jorge Ruffinelli, Montevideo, Editorial Arca.

No quisiera convertir esta nota en mis propias memorias, que no tienen nada especialmente atractivo, pero los recuerdos vinculados a Angel surgen frente a la máquina con el mismo ímpetu con que a Angel Rama le surgían las ideas originales y los nuevos proyectos. De él recibí pasión por el trabajo, la acción. Hubiera querido recibir también su pasión por la reflexión.

Arca se convirtió en la editorial uruguaya de vanguardia, y Angel la dirigía en el tiempo de almorzar que le quedaba entre la Universidad y

el semanario *Marcha*. Cada año abría nuevas colecciones, e incluso llegó a incursionar en el fascículo semanal. Publicó una *Enciclopedia uruguaya* que apareció durante varios años, cada semana un fascículo y un libro; luego una *Historia del fútbol uruguayo*, también semanal. Una serie de “bolsilibros” (chicos, sencillos, baratos) apareció antes de que la mercadotecnia ingresara al mundo del libro, y en esta serie publicaban los mejores historiadores junto a los humoristas de moda. Los libros se vendían en los quioscos, en la puerta de la Universidad, en las farmacias. No olvidemos que todo esto sucedía en el Uruguay, ese pequeño y lejano paisito, y hace casi veinte años. Por eso hoy, frente a la modestia de los hermanos uruguayos, los latinoamericanos debemos sacarnos (varias veces) el sombrero.

La conducción de la editorial era inequívocamente de Angel, pero con él se veía la mano de Germán Rama, de José Pedro Díaz, y aunque no estoy seguro, lo sospecho, la de Jorge Ruffinelli. Angel venía de la crítica literaria, de la historia del teatro; Germán de la educación; José Pedro de la minuciosa tarea literaria que concretaba en su casa, donde con una vieja minerva de tipos de caja, imprimía pequeños libros para sus amigos. Ruffinelli ya se perfilaba como el erudito que demostró ser. El cuidado personal de cada libro, la producción, estaba en manos de Beto Oreggioni, el único corrector de pruebas que conocí que tenía siempre el mate en la mano. Beto trabajaba diez o doce horas, durante las cuales nunca dejaba de tomar mate. Los amigos le decían que por eso escribía con tinta verde. Pero los libros salían impecables. Las ventas de Arca estaban a cargo de otro loco lindo que que se llamaba Eduardo Irázabal. Loco porque él solo se ocupaba de vender, en todo Montevideo, los libros de Arca. Y cuando llegaba el verano vendía en Punta del Este, en Atlántida, en La Paloma. Y cuando los períodos de crisis llegaban al Uruguay, se tomaba el Vapor de la Carrera, para cruzar en una noche —con dos valijas repletas de bolsilibros—, a venderlos a los librerías de Buenos Aires.

Para entonces estábamos en la segunda mitad de los años sesenta, y ya Arca se había transnacionalizado. Los libros se vendían, y Angel aprovechó mi retiro de la Editorial Jorge Alvarez para nombrarme —sin esperar mi aceptación— representante de Arca en la Argentina. Al año se le ocurrió (en esas ideas que hacen grandes a los hombres y pequeños a los capitalistas) que todo el dinero por ventas en la Argentina lo destináramos a formar una editorial en Buenos Aires, que estaría a cargo mío. Le pusimos Galerna. El nombre lo encontramos en el Pequeño Larousse Ilustrado. (“Galerna: viento súbito y muy fuerte de las costas de España”).

Galerna comenzó a publicar en 1967, con tres colecciones. Una de ensayos donde apareció el primer libro en castellano sobre un tema que estaba conmoviendo a la intelectualidad europea: *Aproximación al estructuralismo*, que reunía textos de Lévi-Strauss, Barthes y otros. Luego *La industria cultural*, de Theodor W. Adorno. En literatura comenzamos publicando unos libros de formato muy angosto, donde aparecieron *Datos para el viudo* de Mario Benedetti, el cuento original *Bajo el volcán* de Lowry que luego diera lugar a la novela, editado en Galerna con la tolerante complacencia de Neus Espresate; un libro de cuentos de quien hubiera llegado a ser uno de los grandes narradores y dramaturgos argentinos: Germán Rozenmacher; y también, por recomendación de Noé Jitrik, una novela breve de Arturo Cerretani, otro gran olvidado. Ya había aparecido también la primer versión de *La Universidad necesaria* de Darcy Ribeiro, por entonces exiliado en Montevideo, cuando apareció una colección que fue la verdadera creación de Angel, y que presuntuosamente presentamos como “Coedición Argentino-Uruguay”: la serie Aves del Arca. Los primeros títulos fueron *Cartas de una religiosa portuguesa*, *Las excentricidades del Cardenal Pirelli*, los *Cuentos del molinero y el carpintero* de Chaucer, el *Urfaust* de Goethe. Todos en traducciones muy cuidadas, todos libros que nunca se habían editado en castellano en esas tierras. No quisimos cerrar la colección a esos libros, y con mucho miedo publicamos una selección de *Poesía Quechua*, que ahora imagino muy importante para Angel, gran amigo y admirador de José María Arguedas. Y sucedió lo imprevisible: en esos años había un programa de radio que duraba toda la tarde y tenía la audiencia más alta del país. Era un programa musical, cultural, periodístico, compañero, cuyo conductor se llamaba Hugo Guerrero Marthineitz, conocido por los radioescuchas como “el peruano parlanchín”. Este negro loco, que tenía hipnotizada a media población de Buenos Aires, dedicó una tarde entera a leer los poemas quechuas, a hablar de la opresión del indio en su patria, a contar el verdadero origen de la raza peruana. A la noche, cuando terminó el programa, la edición entera se había agotado, y a ésa le siguieron varias más en pocas semanas. La serie de las Aves del Arca tuvo mucha repercusión en la prensa. En la Argentina de entonces había medios de comunicación muy determinantes, como el programa del peruano. Otro, quizás la revista que mayor influencia haya tenido en la sociedad argentina, fue una fundada por Jacobo Timerman y llamada *Primera Plana*. Su subdirector, Tomás Eloy Martínez, dedicó a las Aves cinco páginas de alabanzas, un espacio que, comprado, ni la Ford hubiera podido pagar. Y así la colección quedó instalada en el mundo editorial de Buenos Aires. Un invento (con miedo, con riesgo) de Angel Rama.

Los años pasaron y las cosas cambiaron. Uruguay dejó de ser “la Suiza de América” y Angel debió dejar el Uruguay. Cuando decidió salir y no regresar, recuerdo haber pensado mucho en su casa, en su biblioteca. La primera vez que había entrado a su casa en las afueras de Montevideo, me sorprendió ver que tenía estanterías no sólo en las paredes, sino también entre ellas, formando pasillos, como en las bibliotecas públicas. Había que pasar de costado, y también había libros sobre las mesas y en el piso, lo que seguramente irritaba a Ida Vitale.

Angel fue siempre un hombre de mundo, y no paraba de viajar. Finalmente recaló en Caracas, donde el presidente le ofreció fundar y dirigir la Biblioteca Ayacucho, esa colección que ya es como la “Británica” para los latinoamericanos, y que es el legado americanista más importante de los últimos diez años. Obra de Angel Rama. Su necesidad de tiempo y espacio para escribir la encontró en Washington, gracias a la Universidad de Maryland; pero los burócratas norteamericanos terminaron negándole el permiso de residencia, y hace menos de un año él y su esposa Marta Traba tuvieron que irse del país. Otro cambio, otro buscar una nueva casa que encontraron en París. Una beca Guggenheim le daba un año de tranquilidad; cumplir con los proyectos intelectuales personales que le habían ido acumulando y nos debía.

El 1 de mayo de este año, escribía: “Estamos saliendo apenas de la tormenta, todavía con todos los signos de la catástrofe. Los últimos meses en Washington fueron particularmente aciagos y la liquidación del apartamento, los muebles y los mil objetos de la casa un espectáculo bien lamentable, amén de un desastre económico. Pasé luego por Caracas para asistir a otro derrumbamiento, el del bolívar, de modo que tengo la impresión de estar corriendo para salir de un incendio que se extiende a todas partes”. Pero sólo un mes después, el 31 de mayo, ya volvía a los proyectos: “Por allí salió el libro mío de Siglo XXI con más erratas de las previsibles, y Ricardo me anuncia que pronto sacará en Folios mis ensayos *Literatura y clase social*. Tecleo un librito para las Ediciones del Norte, y otro grande sobre la modernidad latinoamericana que, si concluyo, pienso dedicarle a todos los amigos jóvenes rioplatenses (o, digamos, más jóvenes que yo) entre los cuales obviamente estás vos. Y trabajo en la Nacional en mi beca Guggenheim, en tanto encaro hacer un cursillo en l’Ecole des Hautes Etudes, iniciando mi incorporación al medio”.

Las cartas del propio Rama muestran cómo en el trabajo encontraba su vida. El 21 de junio insiste: “Estoy tan metido en los compromisos de libros que no he tenido tiempo de escribir artículos para *Sábado*, dile a Fernando que lo haré no bien me libere de las obligaciones urgen-

tes. Trabajo para Fondo y por medio de Gabo me ha caído la edición crítica de los *Cien años* para los españoles. Salió en Suhrkamp mi antología del pensamiento político-cultural americano de Martí a Allende, y en Colombia apareció la recopilación de mis panoramas sobre *La novela latinoamericana (1920-1980)* con nada menos de 500 páginas. En Buenos Aires Boris sacó la segunda edición de mis *Gauchipolíticos*. Como ves, más de lo humanamente tolerable”.

Este es Angel Rama. Me permití citar fragmentos de algunas de sus últimas cartas porque lo describen mucho mejor de lo que yo podría hacerlo. Mientras pensaba la redacción de estas páginas, leí casi al mismo tiempo el comentario de Thomas Mann cuando lo invitan a hablar en el aniversario de la muerte de Schiller: “¿Quién soy yo para tomar la palabra en alabanza suya, teniendo ante mis ojos las montañas de doctas críticas y comentarios sobre su vida y su obra, que durante siglo y medio han acumulado los sabios investigadores?” Incluir algunas palabras del propio Rama me pareció correcto. Si bien cualquier muerte es desgraciada, la de Angel deja inconclusa una obra brillante y excepcional, que convierte en huérfanos a una generación que de él estábamos muy pendientes.